

Londres

Un tanteo sobre la economía occidental

CARLOS ELORDI

CON una aparatosa orquestación, propia del mejor estilo electoral americano, los siete grandes de la economía occidental han "acordado la forma de ayudar lo mejor posible a promocionar el bienestar de nuestros países y el resto del mundo". Lo cierto es que en el lacónico comunicado final proporcionado al término de la reunión de dos días celebrada en Londres, a las órdenes del maestro de ceremonias Mister Callaghan, no se especifica esta forma. Y todo indica que no se ha encontrado. La "cumbre" de Londres no buscaba y lógicamente no ha hallado la receta mágica para los problemas de la economía mundial. Pero ello no quiere decir que la reunión haya carecido de importancia.

El tercer encuentro de los grandes —seguidor de los de Rambouillet en 1975 y Puerto Rico en 1976— podía definirse como la suma de intereses particulares de cada uno de los siete jefes reunidos en Downing Street: los objetivos específicos han primado sobre los de orden general y ello ha impedido, como seguirá ocurriendo hasta que no se produzca una nueva crisis por lo menos del orden de la del petróleo de 1973, una línea coherente y compartida por todos para actuar sobre la economía a escala mundial.

El nacionalismo extremado de Francia, el supergollismo de Giscard, obligado, tal vez como último recurso, por las necesidades de un panorama político interior dominado por el ascenso irresistible de la izquierda. El "show" de Callaghan, necesitado de una inyección de prestigio tras la escandalosa derrota de los laboristas en las elecciones municipales de Inglaterra y Gales. Las dificultades de los socialdemócratas de Schmidt que le obligan a mantener una posición aparentemente irreconciliable con los americanos en política nuclear. La crisis económica italiana que obliga a los democristianos no sólo a dialogar con los comunistas, sino a reducir hasta el extremo cualquier posibilidad de maniobra en el campo internacional.

Todo ello ha conferido una enorme tensión a la reunión de Downing Street: una tensión que se ha resuelto, como era de esperar, con el protagonismo de Carter, El Presidente americano ha dominado la reunión: en primer lugar, porque era el único políticamente fuerte para hacerlo. En segundo, porque desde el punto de

vista económico, los Estados Unidos son una de las pocas naciones del globo que, en una perspectiva a corto plazo —a medio plazo no se podría asegurar lo mismo con tanta fuerza— puede observar con confianza su economía: Alemania Federal, y Canadá, con menor incidencia política, son los otros fuertes dentro de ese club de los superprivilegiados.

Se decía, antes de la reunión, que Carter iba a dominarla a costa de Alemania Federal: da toda la impresión de que no ha sido así. De que ese primer plano ha sido ocupado de una manera mucho más natural: las diferencias entre americanos y alemanes en materia nuclear —Carter pretende seguir una política en la que la hegemonía tecnológica yanqui se haga sentir sobre todo el planeta— y el hecho de que Schmidt se viera obligado a asumir un tanto la representación de la Comunidad Económica Europea, con sus dificultades y sus contradicciones frente al gigante americano y la amenaza de un renacer del proteccionismo en los mercados USA, impedían este debate por la hegemonía.

Hablando de la CEE hay que reseñar necesariamente el espectáculo dado, tal y como se preveía desde la reciente reunión preparatoria de Roma, por el Presidente Giscard: se negó a acudir a la primera sesión del encuentro porque a ella había sido invitado a título meramente decorativo, al parecer, el presidente de la Comunidad, Roy Jenkins, en representación de la misma.

En este contexto tres eran los temas del orden del día de la cumbre: cuál va a ser la política económica de los grandes para proseguir la salida de la crisis; cuál va a ser la política energética común, y cuáles van a ser las relaciones con los países en desarrollo (que en esos mismos momentos planteaban sus problemas en la conferencia Norte-Sur de París).

Aunque todas las cábalas son posibles, lo cierto es que el comunicado final da muy pocas pistas. Los países presentes en la cumbre se han comprometido formalmente a reactivar sus economías "en un crecimiento no inflacionista y estabilizar otras de modo que se reduzcan las diferencias en las balanzas de pagos". La coletilla más importante de esta declaración de principios de escaso significado intrínseco es el acuerdo entre todos de luchar contra el proteccionismo comercial. La duda que queda es

si todos los países "comprometidos" a reactivar van a mantener sus promesas.

Y aquí surge la primera y más significativa preocupación consistente en saber: si los Estados Unidos van a poder sostener hasta el final de año ese crecimiento del 6 por 100 que han asegurado en la reunión de Londres. Porque si los Estados Unidos crecen a un 6 por 100 en los próximos doce meses, Japón lo hace en un 6,7 y Alemania Federal en un 5 por 100. es decir, si estos tres países mantienen sus políticas reactivadoras y no elevan sus barreras proteccionistas, se podrá asistir a una recuperación significativa del comercio mundial que beneficiaría a buena parte de la economía occidental.

Es ahí donde entran las dudas: porque los expertos europeos en economía americana indican que muy pronto podría producirse en los Estados Unidos la necesidad de cortar la marcha reactivadora ante el peligro de la inflación. Que las tendencias proteccionistas en los Estados Unidos, pese a la actitud contemporizadora que ha tomado Carter en cuestiones tan significativas, especialmente para países como Italia y España, como el calzado y los textiles, son fuertes y podrían vigorizarse en esa coyuntura recessionista que se avizora.

Y en esto del proteccionismo tampoco los europeos —franceses, británicos e italianos a la cabeza— se quedan atrás. Lo cierto es que hasta el momento sólo lo han practicado con países terceros, como ocurre con España: atentar contra los Estados Unidos en esta materia es inviable porque las represalias serían terribles para los europeos.

En definitiva, y haciendo un esfuerzo por leer entre líneas, lo acordado en Londres es positivo... a corto, a cortísimo plazo.

También se ha tratado, y en ello estaban especialmente interesados británicos e italianos, de cómo ayudar a los países desarrollados con graves dificultades de balanza de pagos: "El Fondo Monetario Internacional tendrá un importante papel en las facilidades financieras, buscando fuentes adicionales para la adopción de políticas estabilizadoras". No es nada nuevo lo que se dice en el último párrafo: habrá dinero del FMI siempre y cuando se adopten rígidas políticas de estabilización, tal y como ha ocurrido recientemente en Italia. El problema, que no se menciona en el comunicado, es a

qué precio se va a prestar ese dinero: los ingleses, y Callaghan ha denunciado este extremo, saben lo caro que está.

El segundo gran tema, las relaciones con los países en desarrollo que producen materias primas y que pueden, al menos teóricamente, yugular el funcionamiento de las economías occidentales que las importan, está implícito de alguna manera en el punto anterior: los "siete" se han venido a decir que si sus economías se reactivan también se beneficiarán de ello los que exportan a los ricos. Eso sería cierto, salvo en el caso de la energía: porque otro de los acuerdos, que no figuran en el comunicado final, es el de reducir el consumo de energía, aunque se reactiven las economías.

Poco les va a gustar esta formulación a los países árabes: y no podemos olvidar aquí las amenazas que en su momento hicieron en el sentido de que si las naciones importadoras de petróleo contingentaban de una u otra forma el consumo ellos podían tomarse la venganza de aumentar los precios: no parece ser el momento, ni económico ni político, en que esta amenaza se realice, pero lo cierto es que una decisión de reducir el consumo, en una OPEP lacerada por las divisiones internas, avivadas por los propios americanos, no va a ser un factor de estabilización entre importadores y exportadores de petróleo.

Visto el tema desde el interior del bloque de los grandes, surgen nuevos problemas: el comunicado final, como posible prueba de un acuerdo entre Schmidt y Carter, destaca que "estamos de acuerdo en la necesidad de incrementar la energía nuclear para ayudar a la satisfacción de los requerimientos energéticos del mundo, por lo que se hará un estudio urgente para determinar cómo se ha de cumplir mejor este propósito". La cuestión aquí es doble: ¿van a ceder los americanos en sus planteamientos de monopolizar el enriquecimiento del uranio? Eso se verá seguramente en el "estudio urgente" que se va a realizar. Y el segundo extremo a considerar es que si los americanos no ceden a los europeos no les va a quedar más remedio que aumentar sus importaciones de petróleo.

Así están las cosas. Un último punto a reseñar sería el anuncio hecho por Carter de que se va a crear un "fondo estabilizador" para los países en desarrollo, a partir de las materias primas que poseen estos países y con el fin de estabilizar las relaciones comerciales en el mundo.

En resumen, la reunión de Downing Street ha sido de tanteo: no se ha logrado, como algunos anunciaban, planificar la economía mundial hasta 1980; entre otras cosas, porque hay demasiadas incógnitas que pueden hacer acto de presencia en los próximos meses. Tampoco, como otros decían, la reunión ha sido un fracaso: por lo menos se ha demostrado que la Administración Carter cuenta con los europeos. ■